

iban allí cerca, ninguno se atrevía á contradecir, antes clamaban contra el preso. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por todos los pasos que disteis desde la casa de Caifás hasta la de Pilatos, y por las afrentas que en este camino padecisteis; por ellas os suplico perdonéis los malos pasos que he dado para ofenderos, y los enderecéis de aquí adelante para que todos sean para serviros. ¿Imitamos la modestia y gravedad de Jesús al ir en público por las calles? ¿Le hemos arrojado alguna vez de nosotros, entregándolo á su enemigo?

Punto 3.º Desesperación de Judas.—Viendo Judas que Cristo estaba condenado á muerte en el concilio de los sacerdotes, y que le llevaban á Pilatos para que lo aprobase y ejecutase, pesóle de lo que había hecho, y fuese al templo donde estaban algunos sacerdotes y ancianos ocupados en sus ministerios, y díjoles: «Pequé entregando la sangre del justo». Ellos respondieron: «¿Qué se nos da á nosotros? Miráraslo primero». Y él, arrojando los dineros en el templo, fué y ahorcóse. Acerca de este hecho has de ponderar primero cómo el demonio ciega los ojos del pecador al tiempo que peca, porque no vea la maldad de la culpa y huya de ella, y después los abre, encareciéndosela mucho, y afeándosela tanto, que de corrido venga á desesperar como sucedió á Caín¹, á Judas y otros. En segundo lugar, mira cómo Judas comenzó á hacer penitencia, y á ejercitar las tres partes de ella, porque tuvo dolor interior, y confesó su pecado delante de los sacerdotes, y satisfizo, restituyendo el precio que había llevado injustamente; pero todo le aprovechó poco, porque no fué buena su penitencia, ni el dolor era verdadero, ni hizo la confesión á quien debía, ni con esperanza de perdón. Y así, por justo juicio de Dios, fué desamparado, como sus pecados merecían, permitiendo que no hallase consuelo en los hombres, ni contento en su dinero; antes, su dinero fué su verdugo, recibiendo mayor congoja en tenerle, que contento recibió al tiempo de aceptarlo; por lo cual lo arrojó de sí, y, no atreviéndose á acudir á Cristo, y temiendo esperar el tiempo de la resurrección, atormentado de la conciencia é instigado de Satanás, resolvió ahorcarse luego, mostrándonos en sí mismo que la pena de la avaricia es perder el dinero y la felicidad eterna, y morir á sus mismas manos, reventando por medio y derramando sus entrañas por no haber tenido entrañas de misericordia con Cristo. Pondera, por último, el sentimiento que causó á este Señor la condenación de Judas, y cuán de buena gana le hubiera perdonado si, como acudió á los sacerdotes, hubiese venido á Él. ¡Oh Redentor misericordiosísimo! Pues tanto sentís la perdición de los que eran vuestros, no me dejéis de vuestra mano; porque, si me dejáis, daré en los desvaríos de Judas, pues no hay mal que haga un

¹ Genes., iv, 13.

hombre que no pueda hacer otro, si le soltáis de vuestra mano. Y nosotros, ¿nos hemos dejado engañar como Judas de los ardidés del enemigo? ¿Tiene nuestra penitencia y dolor las condiciones que ha de tener para purificar el alma?

Epílogo y coloquios. ¡Oh Jesús! Alegraos. Ha amanecido ya el día en que daréis fin á la redención del mundo, por la cual tanto os habéis afanado. Mas si Jesús se alegra, movido de la caridad que nos tiene, sus enemigos también se alegran de hallarse en este día, en que podrán desahogar su saña contra Él. Ya le hacen presentar de nuevo á su tribunal para que se ratifique en la afirmación que había dejado escapar de sus labios, diciendo ser Hijo de Dios. Ya confirman á una voz la sentencia que habían dictado el día anterior. Ya se levantan de sus asientos, y atando más fuertemente á Jesús, y rodeándoles gran muchedumbre de gente, le llevan á Pilatos, para que inmediatamente confirme la sentencia que ellos han dado y la ejecute. ¡Qué rabia tan inaudita la de estos malos sacerdotes! ¡Qué mansedumbre tan divina la de Jesús! Con paso grave, los ojos bajos, el semblante majestuoso y humilde al mismo tiempo, marcha en medio del tropel de la gente; todos le miran á Él, y Él, sin mirar á nadie, los ve á todos, contemplando en unos el gozo por su desgracia, en otros la compasión natural, en otros la complacencia por sus penas. ¡Y todo aumenta su aflicción dolorosa! ¿Y quién sabe si llegaría á ver también en esta ocasión á su Madre? Entre tanto, el desgraciado y criminal Judas, acosado de remordimientos, instigado del demonio, abandonado de Dios, despreciado de los hombres, sumergido en un mar de tinieblas, viendo que por él Jesús iba á morir, avergonzado de la vida, arroja de sí el dinero, y confesando la justicia de Dios y su propia injusticia, se ahorca. ¿No temeremos los divinos juicios? ¡Ay de nosotros si comenzásemos á ceder á las exigencias de una pasión! Esto solo podría conducirnos al paradero de Judas. Veamos, pues, por dónde nos ataca el enemigo; si es el genio, la sensualidad, pereza ó imaginación las armas de que se vale contra nosotros, propongamos resistirle, pidiendo gracia al Señor y rogando por todo el mundo.

38.—ACUSACIÓN DE JESÚS ANTE PILATOS.

PRELUDIO 1.º Presentado Jesús á Pilatos, fué acusado por los pontífices de varias cosas, y Pilatos le examinó.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en pie ante Pilatos, que le examina.

PRELUDIO 3.º Pide gracia para imitar la mansedumbre y humildad de Jesús.

Punto 1.º Recibimiento que Pilatos hizo á Jesús.—Presentando los pontífices á Jesús ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á ellos, y preguntóles: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?» Y ellos respondieron: «Si no fuera malhechor,

no le entregáramos á ti¹ ». Acerca de este paso has de considerar, primeramente, la mala acogida y peor tratamiento que haría Pilatos á Cristo nuestro Señor, cuando le vió traer tan atado y con tanto estruendo y en día tan solemne, concibiendo que sería algún gran malhechor, pues en tal día y por gente tan grave venía preso. Compadécete de ver á tu Señor tan despreciado, acordándote de la diferente manera con que Él recibió á la mujer adúltera², que le trajeron los judíos para que la juzgase. Él recibía con humildad y mansedumbre á los culpados; y, siendo inocentísimo, es recibido con soberbia y altanería por los culpados; Él defendía al reo de la furia de sus acusadores; mas con Él los mismos jueces se convierten en acusadores. Y á todo esto se somete por la infinita caridad que nos tiene. Pondera también el orgullo y presunción que manifestaron los acusadores de Cristo en su respuesta á Pilatos: «Si este no fuera malhechor, no le trajéramos á tu tribunal». Como quien dice: Basta que nosotros, siendo sacerdotes y letrados de la ley, le traigamos preso, para que estés cierto que es malhechor. ¡Oh soberbia endemoniada que así ciegas á los malhechores! ¡Oh humildad soberana que así humillas al Supremo bienhechor! De esta humildad de Cristo, que, siendo bienhechor de todos, quiso ser tenido por público malhechor de los mismos á quienes hizo bien, has de sacar grandes afectos de esta virtud, teniendo por dicha hacer bien á todos, y que todos te tengan por malhechor á imitación de tu Salvador. ¡Oh Salvador dulcísimo! Poco es lo que de Vos había dicho Isaías, que erais gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe; porque los hombres malvados no sólo os tienen ya por una cosa inútil, sino por un ser perjudicial, por su mayor enemigo; y esto, en el tiempo mismo en que vais á derramar la sangre para darles vuestra amistad.

Punto 2.º *Acusaciones de los judíos contra Jesús.*—Oyendo Pilatos la orgullosa contestación de los pontífices, y habiéndoles dicho que, supuesto que le tenían por malhechor, le castigasen según la ley, ellos dijeron que no les era lícito matar á nadie con el género de muerte que merecía el Señor; y luego, para inclinar el ánimo de Pilatos, comenzaron á acusar á Jesucristo de tres cosas: La primera, que alborotaba la gente con mala doctrina. La segunda, que prohibía dar los tributos debidos al César. La tercera, que decía de sí ser Cristo Rey; esto es, el Mesías que estaba prometido por rey de los judíos. Pondera bien aquí la extremada maldad de estos acusadores, y las calumnias que inventaron contra Cristo nuestro Señor con ánimos emponzoñados; porque llana cosa era que no alborotaba Cristo á la gente, antes la movía á penitencia y á todo género de virtud, tanto, que dijo á sus discípulos³: «Sobre la cátedra de Moisés se

¹ Joan., xviii, 29. — ² Joan., viii, 3. — ³ Matth., xxiii, 2.

sentaron los escribas y fariseos; haced todo cuanto dijeren». También era público que no prohibía pagar los tributos al César, antes dijo¹: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios»; y Él pagó el tributo por sí y por Pedro, con no estar obligado á ello. Además, nunca dijo de sí que era rey temporal como los que hacían los romanos; antes, queriéndole hacer rey, huyó². Y si decía que era Mesías, sus obras daban testimonio de ello. Pues ¿adónde más pudo llegar la maldad de estos falsos acusadores que á inventar tales calumnias? ¿Y qué mayor crueldad pudo ser que no hartar su rabia con la muerte que ellos podían darle, sino fingir delitos para condenarle á otra más cruel, que era la muerte de cruz? ¿Has caído tú en tales excesos, atreviéndote á acusar alguna vez en tu interior á Jesús, quejándote de sus disposiciones? ¡Oh dulce Jesús! Gracias os doy por el silencio con que ois tales calumnias, pudiendo fácilmente deshacerlas. Concededme que imite vuestra paciencia, y libradme del vicio del aborrecimiento, que tales calumnias inventa contra el que es aborrecido.

Punto 3.º *Pilatos examina á Cristo, el cual confiesa que es Rey.*—Considera cómo Pilatos, en oyendo las acusaciones de los judíos contra Jesús, entróse en la sala del tribunal para examinarle de los delitos que le oponían, y comenzando por el postrero, que tenía por más grave, le dijo: «¿Eres tú rey de los judíos?» Cristo nuestro Señor, que vió que esta pregunta era con sencillez, respondió á ella: «Mi reino no es de este mundo, porque, si lo fuera, tuviera vasallos y criados que me defendieran para no ser entregado á los judíos, y así mi reino no es como los del mundo». Y replicando Pilatos, si era rey, contestó el Señor: «Tú lo dices que soy rey». Acerca de este interrogatorio debes en particular meditar con cuidado las notables sentencias que dijo Jesús acerca de su reino, del cual afirmó primero que no era reino terreno y mundano como los de acá, y por esto no tenía aparato de soldados, ni gente de guarda, ni los demás ministros que suelen tener los reyes terrenos en sus reinos. Y no solamente quiso decir que no lo era, sino que no lo pretendía, ni jamás lo había pretendido, como sus acusadores decían. Lo segundo, confesó que verdaderamente era rey, pero rey celestial; y tenía reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo, y el reino espiritual de la Iglesia; y, por consiguiente, tenía vasallos ó criados, pero celestiales y espirituales, que son los ángeles, los justos y los fieles que le creen, porque cual es el rey tales son los vasallos, y cual es el reino tales son sus ciudadanos. ¡Oh Rey soberano! Muy debido era á vuestra grandeza ser rey de este mundo, y tener por vasallos y esclavos á todos los reyes de la tierra. Mas, vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para

¹ Luc., xx, 25. — ² Joan., vi, 15.

darme ejemplo de humildad, y levantar mi corazón á la pretensión del reino celestial, con desprecio del terreno. Hacedme, Rey mío, vasallo digno de vuestro reino, con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo. ¿Queremos nosotros que Jesús sea nuestro Rey? ¿Cómo nos sujetamos á su imperio?

Epílogo y coloquios. ¡Oh rabia diabólica de los judíos, enemigos de Jesús! Según su ley, y suponiendo al Señor blasfemo, como ellos decían, debía morir apedreado. Mas esta pena es poco cruel y dura para satisfacer su insaciable odio contra Jesús, y así inventan mil calumnias, y con ellas se presentan á Pilatos para que le condene á muerte de cruz. ¡Qué recibimiento tan malo haría este presidente á Jesús! ¡Qué juicio tan desfavorable formaría de Él, viendo que le traían tan atado y sujeto todo lo mejor y más notable de los judíos! Mas, como era preciso que á lo menos se simulase un juicio según las leyes romanas, Pilatos exige que le manifiesten la acusación; y la perversidad judaica, que tal vez esperaba que por sola su palabra sería puesto el Señor en el suplicio que pretendían, viéndose precisada á acusarle, hace caso omiso del supuesto delito de la blasfemia, y le acusa de enemigo del César, perturbador de la gente y pretendiente á ser Rey de los judíos. ¡Cuán claro se ve que los judíos eran guiados por el príncipe de las tinieblas, pues que así aborrecían la luz! Manifestaban lo que convenía á sus intentos, y callaban lo demás. Pilatos pregunta á Jesús si es rey, y la contestación del Señor es afirmativa, aunque su reino no es temporal, sino eterno; no es terreno, sino celestial; no es dado por los hombres, sino por su Padre. Tal es nuestro Rey. ¿No nos causa pena y dolor verle tratado con tanto desprecio y odio? ¿No nos someteremos voluntariamente á su autoridad? ¿Cómo le honramos, cumplimos sus leyes y le pagamos tributo? ¿Dan nuestras obras testimonio de que Jesús es nuestro Rey? Examinémoslas con cuidado; tratemos seriamente de corregir, evitar, enmendar ó reformar en nosotros lo que sea conveniente por medio de propósitos y súplicas, sin descuidar las otras necesidades.

39.—SILENCIO ADMIRABLE DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Habiendo dicho Jesús que había venido á dar testimonio de la verdad, Pilatos manifiesta que no halla en Él culpa; los judíos siguen acusándole; mas Jesús calla.

PRELUDIO 2.º Representate este suceso como si pasara delante de ti.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de imitar á Jesús en la virtud del silencio.

Punto 1.º *Jesús vino á dar testimonio de la verdad.*—Considera cómo Jesucristo, después de haber dicho á Pilatos que era Rey, añadió que había nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad; esto es, para enseñarla y predicarla confirmándola con milagros y obras maravillosas. En lo cual

tuvo el Señor tres excelencias soberanas. La primera, que nunca testificó cosa que fuese falsedad ó mentira, sino todo cuanto dijo fué verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa para alcanzar el reino cuyo Rey era. La segunda, que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla. La tercera, que cuando era de cosa gloriosa para Él, la decía, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. A imitación de este Señor, has de persuadirte que tú también naciste y viniste al mundo para dar testimonio de la verdad con tus obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento, aunque te cueste la vida el testificarla. Pondera las palabras que añadió, diciendo que todos los que son del bando de la verdad y la aman, oyen su voz¹, dando crédito á lo que dice, y obedeciendo á lo que manda; y por aquí echarás de ver si eres del bando de Cristo, que es la misma verdad, ó del bando del demonio², que es padre de la mentira. Por último: admírate de la autoridad de Jesucristo, y de la divinidad que en Él resplandece en medio de tantos desprecios, sin dejar por ellos de hacer su oficio de Maestro. Y si Pilatos le hubiera querido escuchar, aparejado estaba para enseñarle con mayor luz la verdad; pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseo de ella, preguntando á Cristo «¿Qué es la verdad?», no esperó la respuesta, porque no mereció oirla. ¡Oh Maestro del cielo! Respondedme dentro de mi corazón, ¿qué es la verdad?, y dádmelo á sentir con gran firmeza. Vos, Dios mío, Vos sois la misma verdad, y todo cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, verdad vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros y vuestros sacramentos. ¡Oh! ¡Si mi vida se conformase con esta verdad, y anduviese siempre en verdad, hasta veros claramente en vuestra gloria! ¿Qué debes tú reformar en ti para obtener este provechoso resultado? ¿Son tus obras inspiradas por la verdad ó por otros motivos?

Punto 2.º *Insistiendo los judíos en acusar á Cristo, este Señor se calla.*—Considera cómo oyendo Pilatos las respuestas de Cristo tan concertadas, coligió de ellas su inocencia, y sacándole consigo fuera del pretorio, á la vista del pueblo, dijo: «Yo no hallo en este hombre causa para condenarle». Oyendo esto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, y temiendo no le soltase, acusábanle en muchas cosas; pero Cristo no respondía. Díjole Pilatos: «¿No ves en cuántas cosas te acusan, y cuántos testimonios dicen contra Ti? ¿Cómo no respondes algo?» Mas Jesús no respondía palabra, sino callaba, de modo que el presidente se admiró vehementemente. Reflexiona aquí con atención acerca del maravilloso silencio de Cristo, el cual, con razón,

¹ Joan., xviii, 37. — ² Joan., viii, 44.

causó vehemente admiración en Pilatos, como cosa nueva y no vista en el mundo, porque concurrían muchas cosas que al juicio humano le provocaban á hablar y responder por sí. Las acusaciones eran muchas y falsas, y en materias gravísimas y de gravísima deshonra, opuestas por personas muy calificadas, y á fin de que por ellas fuese condenado á muerte cruel y muy infame; y el mismo juez le provocaba á que respondiese por sí, con deseo de darle por libre, porque conocía su inocencia. Cualquiera cosa de estas bastaba para mover á cualquier hombre á hacer su defensa; pero este divino Señor, rompiendo por todas, quiso callar y no responder palabra, descubriendo en esto su grave mansedumbre y paciencia, no sólo en no vengarse de sus calumniadores, pero ni quererlos convencer de su calumnia, pudiendo hacerlo con facilidad. En lo cual dió además pruebas de gran fortaleza, mostrando por la obra cuán poco temía la deshonra, los tormentos y la muerte; pues ni aun hablar quería para defenderse de ella, y esto admiró á Pilatos y te ha de admirar á ti. ¡Oh buen Jesús! ¡Con cuánta razón os pusieron por nombre el Admirable!; pues no sólo sois admirable en las grandezas y milagros, sino en las bajezas y trabajos! Admirable es vuestra mansedumbre, vuestro sufrimiento y vuestro silencio. Admirable fué vuestro callar ante Caifás; pero más admirable fué delante de Pilatos. Menester era tal silencio para castigar mi parlería, y para darme eficaz ejemplo de callar sufriendo con paciencia las injurias. ¡Oh alma! ¿Imitas el silencio de Cristo? ¿Cuándo y cómo faltas á él?

Punto 3.º *Todas las virtudes concurren al perfecto silencio.*—Acerca del silencio de Cristo nuestro Señor, has de considerar cómo una virtud tan singular y extraordinaria como esta no se puede hallar sino en gente que tiene muy mortificado el amor de la honra y de la vida, y que ha llegado á no temer con demasía la deshonra y la muerte, arrojando todas sus cosas en la divina Providencia. Esto pretendió manifestar el Espíritu Santo cuando dijo: «Funde el oro y plata que tuvieres, y haz de ello un peso para tus palabras y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua»; que es decir: recoge todas las virtudes morales con la caridad, figuradas por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia, figuradas por la plata, porque todas son menester para saber bien hablar y bien callar, por cuanto todos los vicios se aunan para desconcertar la lengua; y así es menester que se aunén las virtudes para concertarla, y por esto, quien no ofende á Dios con la lengua, señal es que es perfecto varón¹. Esto mismo significó el Señor, cuando dijo por el profeta Jeremías que el silencio era el cultivo de la justicia, por que con él se alcanza la justicia, que es el conjunto de todas las virtudes. Considerando todo esto, has de confundirte grande-

¹ Isai., ix, 6. — ² Eccli., xxviii, 29. — ³ Jacob., iii, 2.

mente viendo cuán olvidada tienes una virtud tan importante y necesaria, y que tu lengua es como un fuego abrasador, capaz de encender en cada momento la ira, la envidia y todas las pasiones desordenadas. ¡Oh Dios de bondad! Poned guarda á mi boca y puerta muy justa á mis labios; no permitáis que mi corazón se incline á palabras de malicia, para dar vanas excusas de mis pecados: y yo también con vuestra gracia propongo guardar fielmente mi lengua para que con ella ni me perjudique á mí mismo, ni dañe á mi prójimo, ni ofenda á Vos, mi Dios, digno de eterna alabanza y gloria. ¡Oh alma fiel! Piensa bien las virtudes que sueles herir con tus palabras. ¿Qué resoluciones debes hacer para prevenir y evitar tanto daño?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón dijo Jesucristo que había venido al mundo á dar testimonio de la verdad! ¡Cuán exacta y perfectamente cumplió su cometido! Él siempre dijo la verdad, como confesaron sus adversarios; y la dijo, sabiendo que esta confesión le había de costar la vida; y la confesó tan sin interés é imparcialmente, que, si decía algo que redundase en su honra prescindía del todo de sí mismo, y sólo atendía á la gloria de su Padre y al amor de la verdad. ¡Y con qué prudencia predicó la verdad! ¡Y cómo supo conciliar la predicación de la verdad con la observancia del más riguroso silencio! Acúsanle los pontífices y sacerdotes, el juez le induce á que se defienda, dispuesto á favorecerle; las acusaciones son gravísimas, humillantes, contradictorias, con intento de causarle la muerte; y pudiendo Jesús combatirias con la mayor facilidad, y acallar y concluir á todos sus enemigos con una sola palabra, calla, permanece en silencio, como si estuviera sordo y no oyera lo que contra Él dicen. ¡Dichoso el que sabe imitar á Jesucristo en la guarda del silencio! Este tal poseerá todas las virtudes. ¿Cómo, pues, no nos movemos á ser verdadera y constantemente silenciosos? ¿En qué ocasiones hemos de practicar esta virtud? ¿Imitamos á Jesús en la confesión de la verdad? ¿Guardamos las debidas circunstancias para la observancia y práctica del silencio? Meditemos lo que nos conviene proponer con este objeto; roguemos con fervor á Jesús que nos conceda la gracia de imitarle, y pidámosle remedio para todas las necesidades generales y particulares.

¹ Psalm. cxi, 3.